

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Maestría en infancia y cultura

Énfasis: lenguaje y narrativas

VIII Coloquio Infancia

Docente: Angela Cabrera

Yesika Zulima Parra Piracon

Código: 20192123009

El Presente trabajo es presentado para VIII Coloquio Infancia, a partir de las discusiones en los diferentes espacios sobre narrativas y saberes infantiles planteo unos micro- relatos sobre lugares y personas que fueron significativos en mi infancia, en la cual expreso las sensaciones, vivencias y significados que tiene para una niña nacer, crecer y jugar en el campo rodeada de montañas, arboles, animales y del rio Salgueras. Teniendo una conexión especial con el rio y el agua, en la actualidad con mis 27 años busco el murmullo de los ríos de esta inmensa ciudad Bogotana, encontrando lugares como el rio San Francisco, Rio arzobispo y el páramo del delirio para bañarme y sentir otra vez esa conexión con el rio Salguera de mi infancia.

Las personas utilizamos el relato en la vida cotidiana en donde empezamos a narrar hechos y acontecimientos de nuestro diario vivir y lo realizamos de una manera inconsciente eso hace que nos preguntamos ¿Qué connotaciones tiene ese relato en nuestras representaciones? y ¿Qué interés particular tiene el otro en su relato? Debido a que en la narrativa se encuentra tanto una parte de ficción como de representación de la realidad. Bruner plantea que debemos dejar de ver la narración desde la intuición para empezar a pensarla desde la comprensión explicita esto es importante porque solo nos damos cuenta de los alcances del relato cuando somos conscientes de como una narración “estructura nuestra visión del estado real de las cosas” (p. 23) modelando nuestra experiencia y acciones.

Referentes: Bruner, J. (2003) Comprensión, relatos, narrativas, Edipo Rey, reticencia, sentido, referencia, Buenos Aires: Fondo de cultura económica



Nací entre el susurrar del viento y el murmullo del río Salgueras, El Río, era como la Casa un universo de diversión y regocijo.

Recorrer el río de arriba abajo y saltando como mariposa de piedra en piedra, que eran como huevos de dinosaurios prehistóricos.

Hacíamos sapitos con piedras planas, saltábamos, nadábamos y pescábamos truchas y capitanes con las manos; mi padre nos enseñaba a nadar en Pozo Azul, el rincón más hondo en una curva del río y lo hacía amarrándonos dos garrafones con una cuerda, nos lo colocábamos como podíamos y flotábamos con los dos garrafones chapoteando con nuestros pies y con las manos.



Para mí una niña que vivió sus siete primeros años en la zona rural del municipio de Belén, acompañar a mis padres en largas caminatas por el páramo Del Consuelo sembrando árboles era mágico pues recorría las montañas, sus caminos, oír el susurro del viento y apreciar noches de estrellas y lunas llenas que parecían una gran luciérnaga en el cielo nos permitía ver el camino de piedras perfectamente era tal su luz que caminábamos sin dificultad en la noche. Al contrario, en noches oscuras y de luna nueva debíamos bajar por la montaña colocando las manos en el piso para no caernos.

El tiempo de mis padres se dividía entre sembrar árboles en el páramo y las labores del campo entre ellas cultivar diversas semillas de papa: pastusa y papa criolla; arvejas, maíz y frijoles. Criamos ganado vacuno, ovejas cuya suave lana aún se trabajaba en tejidos por la época: su olor aún impregna mi memoria; manteníamos gallinas ponedoras y de cuando en vez un consomé de gallina criolla reestablecía el espíritu del paladar; también cebábamos marranos para la noche de navidad.

El tiempo de los niños en el campo sucede paralelo a las labores de los mayores. La infancia sucede sin muchos traumas y las piernas y el ánimo suelen estar arriba, por la exigencia de las montañas.



Acompañar en las labores del campo a mis padres me gustaba. Podía jugar a subirme a los alisos y robles, disfrutaba el pasar de rama en rama donde cada vez me volvía más ágil. Subir los árboles fortalecía mi seguridad pues sabía que rama coger y pisar; me gustaba ver el mundo desde la punta más alta posible de los árboles, sentir el movimiento con el viento y descubrir frutas y nidos escondidos entre las ramas.

Un día de sol intenso, a mis seis años, no me agarré bien del árbol y me caí de una altura de un metro y medio. El golpe y el dolor del golpe aun lo siento en mi costado izquierdo de mis costillas. Se me dificultaba respirar, me dolía la espalda y caminaba con dificultad.

Mis hermanos, temiendo el regaño mayor de mi madre con su respectivo “sermón” de las buenas maneras, le dijeron a mi madre que me había caído de las escaleras de la casa que tenían un escalón muy alto.